**Comparación entre el film y el libro**

La adaptación de Tim Burton es extremadamente fiel (salvo los detalles que iremos marcando) cuasi

calcada en la mayoría de sus partes a la obra literaria.

Charlie, la película, es puramente cinematográfica, cien por cien audiovisual.

El director norteamericano pasa de ser un cineasta profesional, para ser un imaginador profesional.

La lectura de Charlie, el libro, despierta nuestras papilas gustativas, y dispara nuestra imaginación: ¿cómo será la fantástica fabrica Wonka?, ¿cómo?, ¿qué son ríos de chocolate?, ¿cómo que el pasto se puede comer?, ¿qué gusto tendrá?, ¿cómo que un Oompa Loompa canta canciones increíblemente improvisadas?, y así interminables preguntas que despiertan sensaciones y buscan respuestas, allí, donde sólo el lector tiene acceso.

Charlie, el libro, es un desborde de imaginación que difícilmente quepa en un lector común, nos cuesta imaginar todo lo que Roald Dahl nos dice, tanta maravilla. La curiosidad nos invade. Y ahí es cuando entra la profesión de Tim Burton, excelso licenciado en imaginación visual. Logra traducir la riqueza de Roald Dahl, en imágenes tan fantásticas, su mente tiene un ensanchamiento tal, que él sí puede captar la magnífica fábrica Wonka con lujo de detalles, y ofrecérsela al espectador. Si volvemos al libro luego de ver la película, se produce el sumun de la felicidad.

Tim Burton nos da una mano a los lectores actuales, una ayudita para que el libro sea captado en su

totalidad tal cual Roald Dahl lo imaginó y lo quiso.

Ahora bien, realizando un análisis más profundo e intentando dejar de lado el aroma a chocolate, hay

detalles que la película aporta o quita de la versión original que es necesario destacar. La obra del autor galés nos introduce en su mundo particular a través de la presentación de los personajes, como si fuera el reparto de una obra de teatro, o por qué no, de una película. En el film, en cambio, es la ostentosa y maravillosa fábrica lo que llega a nuestros ojos, con una voz en off que relata casi de manera textual, lo que está escrito en el libro, pero evitando la presentación cuasi cinematográfica

que hace el libro, es decir, Tim Burton evita lo visual que sí presenta Roald Dahl en el libro. Sería caer en un lugar común decir que el libro es muy visual, lo que le restaría importancia literaria. Tim Burton, quizás consciente de esta falacia decide hacer justicia, ir para el lado opuesto: obviar las partes visuales del libro.

Por supuesto, y es un análisis que evitaremos, hay elementos inherentes al lenguaje cinematográfico que apuran la acción. En los siete primeros minutos ya sabemos todo lo necesario sobre el protagonista de la novela, de su familia y de su contexto social y espacial. Del mismo modo que en el magnífico libro. Tim Burton da cátedra sobre presentación e introducción visual a una historia.

Una diferencia aparece al comienzo de la película: el abuelo de Charlie no trabajó en la fábrica Wonka; sin embargo, así lo relata en el film. Quizás este elemento sirva para que los relatos sobre las proezas de Willy Wonka cobren veracidad. La fidelidad con respecto a la obra literaria es asombrosa, pero Tim Burton actualiza permanentemente esta historia, matizándola con elementos de

crítica social.

En las primeras páginas del libro ya está presentado el núcleo del relato: el misterio de los obreros y la noticia de los billetes dorados. Aquí comienza la búsqueda frenética del pasaporte hacia la fábrica más famosa del mundo: la fábrica de Willy Wonka, el chocolatero. Claro está, tanto en el libro como en la película, en esta carrera tienen más posibilidades aquellos que poseen más recursos. El fenómeno del mercado y el niño como consumidor es actualizado por Tim Burton, quien le agrega nacionalidad a los niños que obtienen los billetes dorados; el chocolate Wonka llega a las más recónditas partes del planeta.

El director, también, aporta elementos de la modernidad caracterizando a los niños desde el hoy: Mike Teve, por ejemplo, juega a los jueguitos electrónicos y está empapado de violencia. Sin embargo, el mensaje en ambos (director y escritor) es el mismo.

Algunas diferencias temporales también están presentes en el film: el padre de Charlie ya no se queda sin trabajo porque la fábrica ha cerrado sino que es la consecuencia de las ventas y el impacto de la modernidad lo que ocasiona su desempleo. Así mismo, vemos algunas actitudes distintas en Charlie, quien quiere vender su boleto para ayudar a su familia, aunque de ningún modo esto interfiere en la empatía y el afecto inmediato que le produce este niño tanto al lector como al espectador. Digámoslo, se redobla la apuesta sobre la industrialización excesiva, los recursos humanos; la crítica económica presente fuertemente en el libro, en el film se intensifica, tal vez dirigiendo mejor los cañones contra el capitalismo feroz de mercado. Brillante el chiste visual que Tim Burton propone sobre las compuertas frías y grises como toda fabrica que encubren un mundo de colores y que se cierran frente al paso de los concursantes.

En la obra de Roald Dahl, el personaje Willy Wonka es unidimensional; en cambio, en la película no sólo adquiere más protagonismo sino que le sirve al director para introducir los cambios más importantes con respecto a la obra literaria: la infancia de éste, la relación conflictiva con su padre (eje transversal; incluso la mirada crítica hacia los padres es más dura en el libro que en el film) y la dimensión psicológica compleja de este personaje no han sido siquiera contempladas por el autor pero perfectamente éste podría haberlo hecho: el padre de Willy Wonka es doblemente la encarnación del mal: Es dentista y encima su papel está interpretado por Christopher Lee. El colmo del terror.

Los diálogos en el libro están tan bien construidos que casi no es necesaria una adaptación. Siempre lo que primero se modifica en el traspaso fílmico es la supresión de los diálogos por unos nuevos inventados por algún guionista estrella de Hollywood. Dejar los diálogos casi sin modificar es un gesto de inteligencia puro. Aquí sólo se acentúan los caracteres de los niños como así también la competencia feroz entre algunos de ellos. Las letras de las canciones interpretadas por los Oompa-Loompa son textuales y aparecen en los títulos del film como escritas por el autor galés. En el film la vestimenta de estos pequeños trabajadores está realizada en base a cuero vinílico que le aporta un carácter casi fetichista. Los números musicales están trabajados por Tim Burton, con la inestimable colaboración de su habitual y genial ladero Danni Elfman, como verdaderas coreografías propias de un musical de Broadway lo que acentúa lo antes dicho, el puro placer visual propio de un musical en cine se justifica sólo en eso, en el puro placer visual y no en su sentido practico, no es real que la gente se ponga a cantar y bailar así nomás, sin embargo, los Oompa Loompa sí lo hacen en el libro y en la película.

Por razones más que justificadas, en la película sólo entran acompañando a cada niño, un adulto y no dos como en libro. Tanta gente no cabría en el cuadro cinematográfico. El retrato arrojado es un guiño al lector del texto escrito.

Y si de guiños hablamos, Tim Burton no sólo hace referencia al libro sino también a fragmentos

concretos de la historia del cine y de películas representativas. Esto lo hace con una intención cómica, por una parte, por ejemplo, en el momento en que Mike Teve entra a la bañera y se copian fielmente los planos de Psicosis y la célebre escena del baño, y, de reescritura, por otra parte, con respecto a 2001: Odisea del espacio de Kubrick . Aquí el monolito misterioso de la versión original se transforma en una deliciosa barra de chocolate a la que solo Charlie se atreve a acceder, quitándole toda la implicancia intelectual y filosófica que representaba en el film de Kubrick. Esto, lejos de ser una aversión, es un planteamiento de banderas sobre lo que Tim Burton entiende que tiene que ser el cine realizado a partir de textos literarios, un disfrute permanente y no una pose intelectual ridícula. No es casualidad la referencia a Hitchcock, uno de los más visuales y menos intelectuales de los directores existentes en el séptimo arte.

Ya sobre el final encontramos acentuadas las diferencias entre el lenguaje visual y el escrito. Por una

parte, en el film se le plantea a Charlie una elección que no aparece en el libro: Willy Wonka le otorga su fábrica sólo si él es capaz abandonar a su familia. Obviamente, Charlie ni por todo el oro o dulce del mundo renunciaría al espacio reparador y contenedor por excelencia. En el texto escrito, en cambio, el mejor chocolatero del mundo le entrega a Charlie su fábrica y lleva a toda su familia a vivir allí, terminando de este modo con mucho más que el hambre que éstos sienten.

Como a modo de cierre reparador sobre una línea traumática en torno a Willy Wonka que el guión

cinematográfico ha echado a rodar, al final, se agrega la reconciliación –mediada por Charlie- entre Willy y su padre, el dentista.

A su vez, en el film, se elige concluir con la misma voz en off del comienzo; sin embargo, esa voz

proviene de un pequeño Oompa Loompa, y la cámara en retroceso nos devela los mecanismos de

representación cinematográficos: una máquina de hacer nieve por encima del paupérrimo pero feliz hogar de Charlie. Tim Burton desnuda el relato cinematográfico como tal, con el fin de acercarnos al relato textual. Nos dice: “esto que acabamos de ver es un libro, un buen libro, representado visualmente”.